

"QUE TENGA YO HAMBRE DE TI. PAN DE VIDA"

Mensaje de monseñor Marcelo Raúl Martorell, obispo de Puerto Iguazú para la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo (10 de junio de 2007)

La solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo es presentada por la liturgia hoy en relación con el Sacerdocio de Cristo cuyo don supremo es la Eucaristía: Sacrificio ofrecido al Padre y Banquete servido a los hombres.

Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Altísimo es la más antigua figura de Cristo Sacerdote, que en acción de gracias a Dios por la victoria de Abrahán, ofrece un sacrificio de "pan y vino", símbolo de la Eucaristía. No tenemos noticias de este personaje del que la Biblia nos da noticias. San Pablo dice "sin padre ni madre ni genealogía, sin comienzo de días, ni fin de vida, asemejado al Hijo de Dios permanece sacerdote para siempre" (Hb. 7,3)

A Cristo le aplica la Iglesia el versículo que se repite hoy en el salmo responsorial: "Tu eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec". En el Nuevo Testamento, acabado el sacerdocio levítico, queda solo el sacerdocio eterno de Cristo que se prolonga en el tiempo en el sacerdocio católico.

San Pablo en la segunda lectura (1 Cor. 11,23-26) nos dice que Jesús como Melquisedec ofreció "pan y vino", pero a diferencia del antiguo sacrificio su bendición realizó el gran milagro de la "Institución de la Eucaristía", "Esto es mi Cuerpo que se entrega por Uds., ...Esta Copa es la nueva Alianza sellada con mi sangre" (Ib 24-25) Ya no son ni pan ni vino, sino son el verdadero Cuerpo y Sangre de Cristo, dejándolo a los suyos como memorial de su Pasión... "Haced esto en memoria mía". No es una memoria que se limita a evocar un suceso, ni una proclamación de solas palabras, porque la Eucaristía hace actualmente presente, aunque en forma sacramental el Sacrificio de la Cruz y el hecho de la última Cena. Esta realidad se ofrece a todos los hombres de todos los tiempos, para que puedan unirse al Sacrificio de Cristo y alimentarse con su Cuerpo y Sangre, hasta que venga.

La multiplicación de los panes es la figura de la Eucaristía (Lc. 9,11-17) es el prelude evidente de la Cena Eucarística. Los gestos de Jesús en la multiplicación de los panes, son los mismos que repetirá en el Cenáculo, cuando instituya la Eucaristía. En el milagro de la multiplicación de los panes ellos se multiplican en las manos de Jesús y son llevados a la multitud por sus Apóstoles; del mismo modo siempre será Él quien realice el milagro eucarístico, aunque se servirá de sus sacerdotes, que serán los ministros y sucesores de este milagro maravilloso, del cual los hombres nos servimos y que se repite en la Iglesia cada día a través del tiempo y de la historia.

La Eucaristía es un convite ofrecido a todos los hombres para saciar su hambre de Dios y de vida eterna. Es el mismo Dios que se hace presencia y alimento para todos.

Despertemos hermanos, en esta celebración que nos invita en la fe a amar la Eucaristía, que es el mismo Dios presente realmente entre nosotros, a que cada día nos sintamos más hambrientos de ella, y sepamos llevar a los hermanos

indiferentes, a vivir la presencia real de la Eucaristía y volcarse en la fe a amar esta presencia del amor eterno.

Mons. Marcelo Raúl Martorell, obispo Puerto Iguazú